

MURILLO Y RAFAEL:

DISCURSO

DE

D. PEDRO DE MADRAZO.



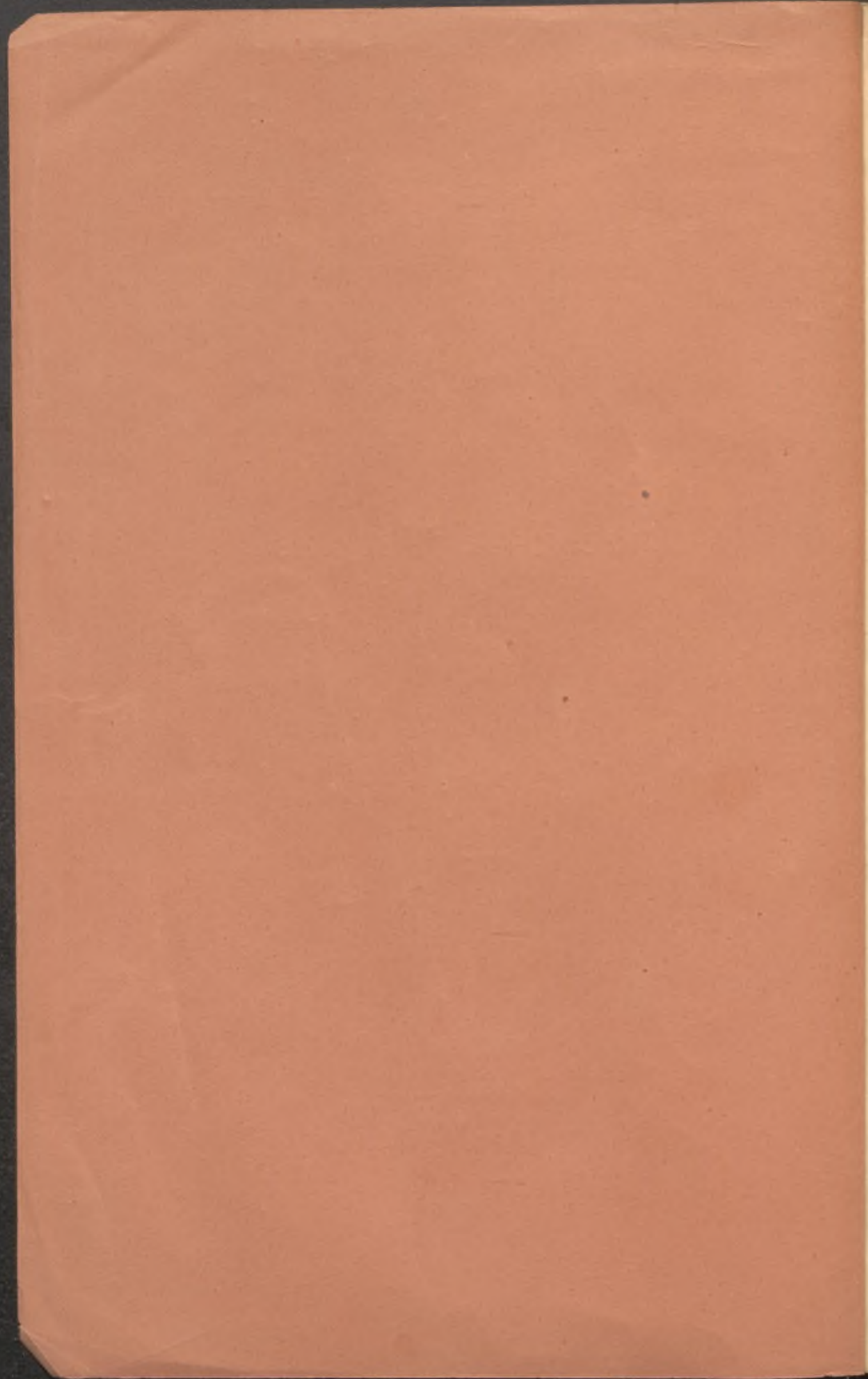
MADRID.

IMPRESA Y FUNDICION DE M. TELLO,

IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.

Isabel la Católica, 33.

1882.

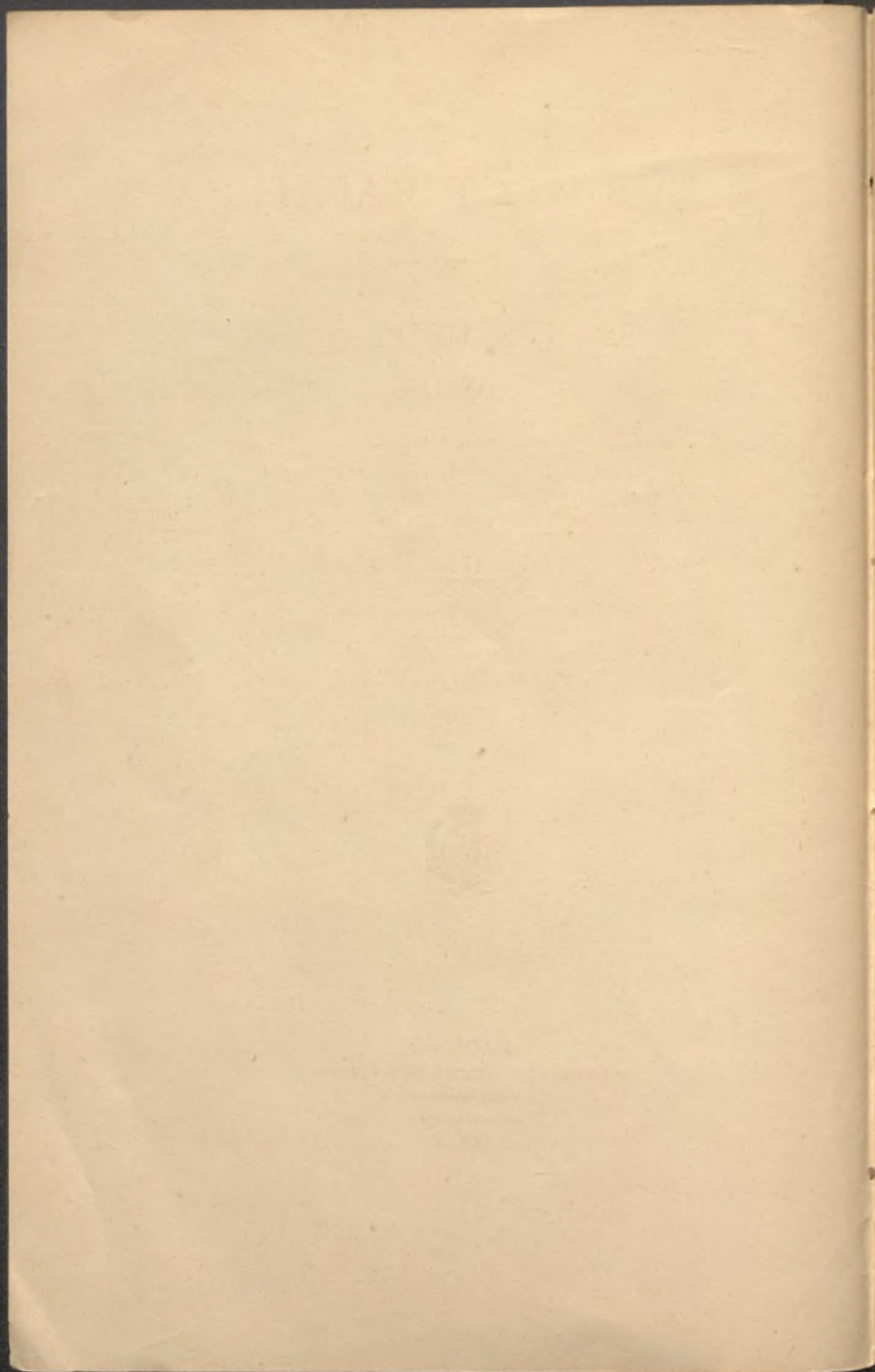


MURILLO Y RAFAEL:

DISCURSO

DE

D. PEDRO DE MADRAZO.





# MURILLO Y RAFAEL.

---

## DISCURSO

LEIDO

EN LA VELADA CON QUE SE CONMEMORÓ EN MADRID EL SEGUNDO  
CENTENARIO DEL EMINENTE PINTOR SEVILLANO:

POR

D. PEDRO DE MADRAZO

De las Reales Academias Española, de la Historia  
y de San Fernando.



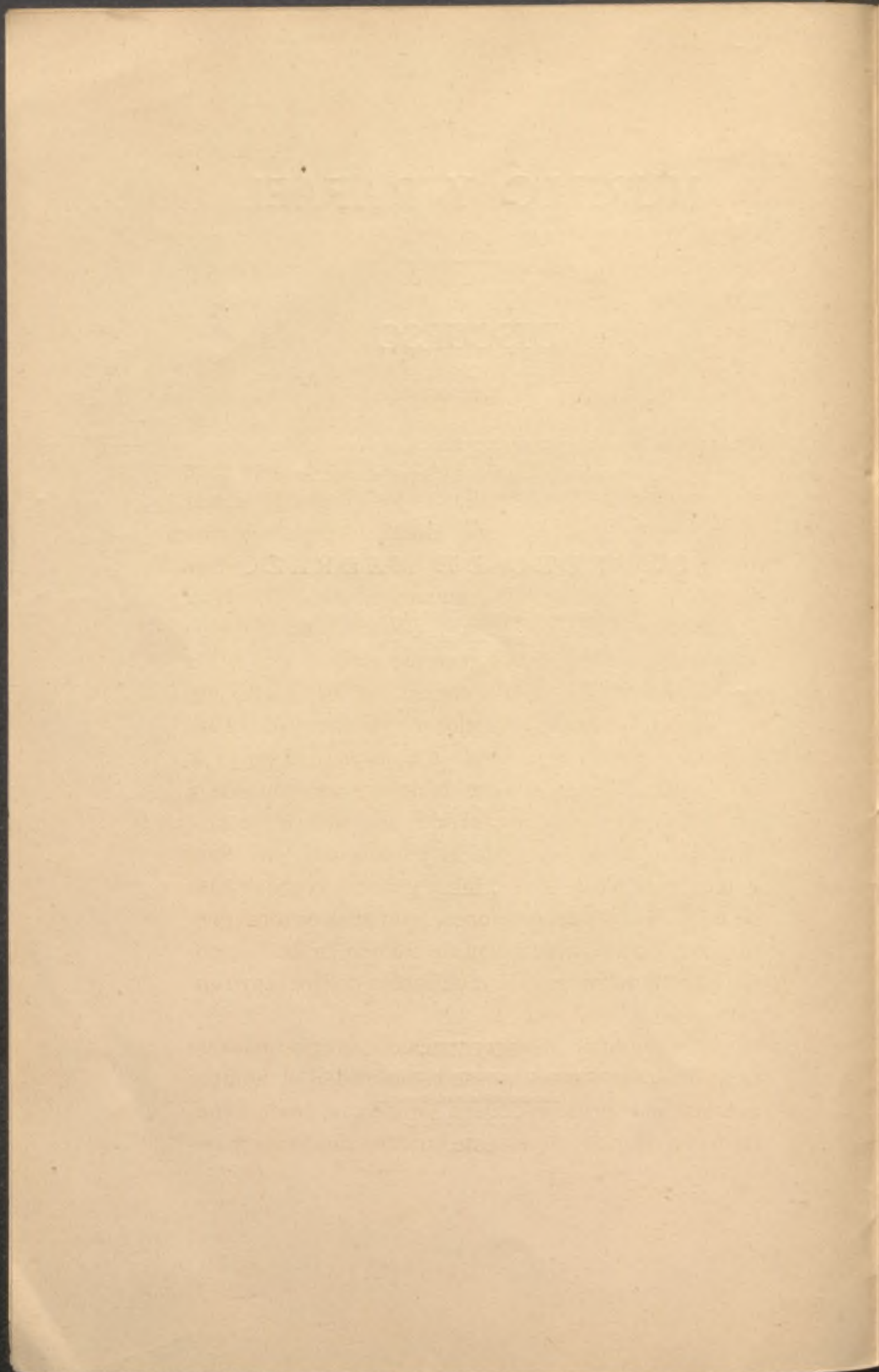
MADRID.

IMPRESA Y FUNDICION DE M. TELLO,

IMPRESOR DE CÁMARA DE S. M.

Isabel la Católica, 23.

1832.



### SEÑORES:

El día 3 de Abril de 1682, es decir, hoy hace dos siglos, moría en Sevilla, en los brazos de su más querido discípulo y amigo, el eximio pintor Bartolomé Estéban Murillo. A los sesenta y cuatro años de peregrinacion terrena, emancipábase de la cárcel del cuerpo, en la populosa y risueña ciudad donde se mecía su cuna, aquel generoso espíritu que había iluminado la privilegiada region del Bétis con inefables revelaciones del cielo. Aquel día 3 de Abril comenzaba para el *pintor de la Concepcion* el juicio de la posteridad: juicio formidable que, si condena á las medianías á perpetuo olvido, engrandece con progresion siempre creciente la aureola del verdadero genio, y da á éste el renombre glorioso con que pasa de unas en otras generaciones, y de unas en otras gentes, como santa advocacion de númen protector, como paldion divino de la civilizacion contra las irrupciones de la barbarie.

El nombre de Murillo, nunca oscuro, por más que con sincera modestia amase la oscuridad el hombre preclaro que lo ilustró, viene siendo casi desde aquella fecha el más popular de cuantos proclama y re-



verencia nuestra España como astros de primera magnitud en el cielo del arte. Murillo, en verdad, no ha sido objeto hasta hoy de ninguna de estas modernas apoteosis que llamamos *centenarios*, y que, celebradas con juiciosa parsimonia, tributadas sólo á los genios verdaderamente excepcionales, tanto pueden contribuir á despertar en nuestra sociedad afectos de amor y gratitud hácia los que fueron grandes promotores de su cultura, y deben ser hoy considerados como sus más legítimas glorias. El primer centenario de la muerte de Murillo, el año 1782, transcurrió acaso inadvertido por sus mismos admiradores: mal podía, en efecto, tributar apoteosis á ningún genio idealista la España de Cárlos III, tan preocupada de reformas materiales y humanitarias, industriales y científicas. Les había llegado su turno á los institutos encaminados á mejorar la condicion de los pueblos en sentido puramente humano, á desarrollar la riqueza, el crédito, la poblacion, á promover la paz, enaltecer la justicia, propagar la instruccion, intereses en mal hora desatendidos en el siglo precedente; y las medidas de buena administracion y gobierno, la Junta de Estado, las Ordenanzas del ejército, el Banco de San Cárlos, los caminos y canales, las obras públicas en general, las cátedras de mineralogía y de botánica, absorbían todas las fuerzas y recursos, toda la energía de la España del 1782. Si se conmemoraba entonces con fiestas de centenario á algun español ilustre, era sólo despues que la fama de sus virtudes le había colocado



en los altares: el espiritualismo de los santos era el único ideal con que transigía el positivismo enciclopedista.

Nuestro siglo secularizador peca por el exceso contrario: es visible nuestra tendencia á tributar á los simples mortales honores que la antigüedad reservaba á los dioses, y que la Edad-media hizo extensivos á los santos. Pero bien podemos glorificar á Murillo sin incurrir en censura, y áun hacerlo en época solemne consagrada por la Iglesia á la renovación de sus más augustos y luctuosos recuerdos, porque, hijo predilecto del culto católico aquel genio inmortal, todo lo que en honra suya hagamos, cede en honor y gloria del culto mismo, al cual devolvió con creces, en obras imperecederas, los beneficios que de él había recibido en santas inspiraciones.

Para glorificar á Murillo, y hacerlo de una manera digna del tiempo santo en que cumple la segunda centuria de su vida inmortal, basta que traigamos á la memoria la más sobresaliente de sus composiciones religiosas—*la Concepcion inmaculada*,—que por tan varios modos recibió de sus pinceles en innumerables lienzos concepto y forma de verdadero prodigio de su ardorosa fé. Si las apoteosis á la antigua usanza española son para los santos, para Murillo son de pleno derecho, porque quizá aquel mismo varon insigne de quien el reino de Valencia conmemora los centenarios, aquel Vicente Ferrer que tanto resplandeció á principios del siglo xv por su virtud y por su ciencia, y que mereció entre nueve

sábios jueces la alta honra de dirimir el difícil compromiso de Caspe, y de adjudicar una corona, no obró en su vida de religioso ejemplar y de celoso apóstol, no sólo de la region del Turia, sino de la Península entera, de Francia, de Inglaterra y de Alemania, milagro ninguno que sea comparable con los que obró nuestro artista pintando en la bendecida soledad de su estudio de la parroquia de Santa Cruz aquellas imágenes sobrenaturales. Perdonad si en mi entusiasmo por ellas toma algun remusguillo de plástica religiosa mi breve y desaliñado discurso.

---

La belleza que el inspirado Murillo dió á la figura de la *Concepcion* no tiene igual en el mundo, ni por el santo perfume de inocencia que de sus lineamentos se desprende, ni por la celestial y luminosa castidad de su expresion. Es la belleza más deslumbradora y pura que puede soñar como tipo ideal de la virginidad el artista cristiano. No tiene punto de contacto con la Juno de Sámos, ni con la Helena de Esparta, ni con la Vénus de Gnido; el escultor griego, ni entrevió siquiera semejante belleza, y las estatuas de las diosas más celebradas son modelos de glacial regularidad, al paso que la *Concepcion* de Murillo parece revelar al alma la forma misma que Dios desde la eternidad había ideado en su divina mente como la única adecuada para la que había de ser elegida entre todas las criaturas, sublimada y bendita entre todas las mujeres, y madre del *Verbo*.



Hay una diferencia radical entre todas las bellezas creadas por el genio estético de la antigüedad, y aún entre las que sugirió al genio del Renacimiento la contemplación de los mármoles griegos, y la belleza que en sus piadosas meditaciones entrevió nuestro pintor sevillano; y la diferencia consiste en que la belleza femenil obra del artista clásico ó del artista del siglo xvi, descubre involuntariamente, á modo de tenue veladura, el concepto convencional que informaba aquel arte religioso, y en la que ideó Murillo todo es santidad y pureza de vida real y verdadera, todo es inefable gracia.

La Concepción de Murillo es la tierna é inocente doncellita de Nazareth, fresca y sencilla como la margarita del campo, que ignora la existencia de la rosa y de la espina, que disfruta arrobada el goce íntimo de una beatitud debida sólo á la bondad del Creador, sin esfuerzo alguno de su parte, en la completa y feliz extrañeza de toda mancha, de toda culpa, de todo estímulo sexual, sin la noción original siquiera de la antigua enemistad entre Dios y el hombre.

En el rostro de las Concepciones de Murillo leemos las palabras que dirigia Asuero á Ester: "La ley que á todos comprende, no se ha hecho para tí." Renuévansen á su aspecto los altos y elocuentes testimonios de los Santos Padres de todos los siglos en honor y defensa de la Inmaculada; y en el coro de sus venturosos panegiristas divisamos á los insignes propagadores de su culto, el visigodo Ervigio, los



príncipes y barones de Normandía, los reyes de Aragón, los fervorosos monjes de la milicia franciscana, los doctores de la Sorbona, las Universidades de Maguncia, Colonia, Valencia, Alcalá, Coimbra, Salamanca y Nápoles, el Concilio de Basilea, el Tridentino, el *águila* de Meaux, y la celosa y batalladora Iglesia de España con los eminentes predicadores y artistas criados y aleccionados en sus escuelas. Al contemplar esas *Concepciones*, tan pronto se escucha la melodiosa voz de Beatriz:

*«Quivi è la rosa, in che 'l Verbo divino  
carne si fece, quivi son li gigli  
al cui odor si prese 'l buon cammino.»*

como resuena en nuestro interior aquel grandioso coro de la Iglesia militante, repitiendo el hermoso himno de San Casimiro:

*«Generosa et formosa  
David regis filia,  
quam elegit Rex qui regit  
et creavit omnia.  
Gemma decens, rosa recens,  
castum chorum ad polorum  
quæ perducis gaudium.»*

¿Y en qué consiste este invencible prestigio?  
¿Cuál es la causa de esta poderosa fascinación que ante las Vírgenes de Murillo nos embarga y subyuga? Pues no es otra más que el idealismo cristiano, idealismo en que se combinan, como la flor y su perfume, la belleza y la gracia.

Pero seamos justos. No es sólo el pintor de las Concepciones el que ejerce en nosotros tan irresistible poder; porque otro genio, de fama tan grande que llena el universo, produjo la hermosa Italia, el cual desplegó en sus *Madonnas* iguales hechizos; y uno y otro genio debieron ese don tan especial, que otros grandes pintores nunca alcanzaron, á la disposicion que recibieron de la naturaleza para comprender y expresar los indefinibles atributos de lo *suprasensible*. No lo dudeis, Murillo y Rafael son dos almas gemelas: ninguno de los dos resulta desfavorecido por esta íntima fraternidad. Siente el uno con intensidad profunda la pureza sin mancha de la mujer predestinada para Madre del Verbo; expresa el otro con incomparable elegancia las maravillosas dotes de santidad y pureza de la que dió ya al mundo el portentoso fruto de sus virginales entrañas.

Esa dichosa union de belleza y gracia, que es más para sentida que para razonada, sólo se nos hace comprensible en su más alta expresion cuando contemplamos ó las *Concepciones* de Murillo, ó las *Virgenes* de Rafael.

Nos situamos, ya ante el lienzo del primero, ya ante la tabla del segundo, y vemos como reflejado en un clarísimo espejo el tesoro de santidad y felicidad que sólo en ciertos momentos de dichosa regeneracion espiritual concebimos dentro del alma. En la elevacion y efervescencia del sentimiento, en lo más etéreo de la fantasía, se engendra ese ideal; semejante á aquellas rosas alpinas que sólo florecen entre la



nieve en altas regiones nunca holladas por planta humana, y que diríamos quedaron olvidadas allí por los ángeles que tejen en el cielo las coronas de las vírgenes. ¡Ah! ese hermoso destello de la gracia divina no resplandece más que en las creaciones de las almas levantadas sobre el nivel comun y no envilecidas por el fango de la tierra!

¡Qué distancia la que separa las Vírgenes de Rafael de las que imaginaron y nos legaron en sus cuadros el mismo Leonardo de Vinci, el Masaccio, el Lippi, el Bellino, el Giorgione, los más aventajados ingenios de las escuelas de Lombardía, de Florencia y de Venecia! Y ¡qué distancia entre las Vírgenes de Murillo y las de sus inmediatos predecesores los Vargas, los Castillos y los Pachecos! Bien sé que este paralelo entre el gran pintor de la *Estancias* y de la *Farnesina*, y el no ménos grande artista cuya memoria celebramos hoy, sonará en los oídos de muchos como atrevida paradoja.—¿Cómo pueden compararse las Vírgenes de Rafael con las del divino y dulcísimo Murillo? ¿Cómo se ponen en parangon las creaciones de un pintor semi-pagano con las de otro todo poseído de acendrado y purísimo afecto cristiano?—Esta exclamación formulan acaso con reconcentrado asombro, y aún con verdadero escándalo (si bien al somormujo por no faltar á la cortesía), no pocos de los que me escuchan; pero seamos imparciales y no nos dejemos llevar de vulgares prevenciones. Santo, puro, cristiano y fervoroso era también el amor que nutría el corazón del Urbino al realizar sus bellísimas



*Madonnas*. Nuestro rey D. Felipe IV, que en conocimiento de obras de arte no era un hombre adocenado, al ver por primera vez la célebre sacra-familia que para él compró su embajador D. Alonso de Cárdenas en la almoneda del infortunado Carlos I de Inglaterra, exclamó entusiasmado: *jesta es mi perla!* ¿Se refería el monarca español al cuadro en su conjunto, ó á la hermosísima Virgen representada en él? Si quiso significar lo primero, no todos acaso serían de la opinion del augusto aficionado; si lo segundo, fácilmente podría aceptarse su juicio, porque hay en esta *Madonna*, que desde entonces lleva el nombre de *la perla*, tan egregia belleza, tan gentil dignidad, tanta ingénuo y virginal ternura, y sobre todo, tanta gracia, que no parece sino que hablaba de ella el gran pintor cuando escribía lo que me atreveré á recordaros acerca de su esperanza de poder trasladar á la tabla el divino semblante de la Virgen Madre, merced á la celestial aparicion que en uno de sus sueños había disfrutado. Rafael, en efecto, sin ser espiritista ni aspirar á visiones beatíficas, tuvo en sueños singulares revelaciones: en la Historia que le consagró Federico Rehberg se hace mérito de una curiosa carta donde él mismo lo manifiesta, uno de cuyos párrafos dice así: "Por más que procuré y me fatigué en representar á la Virgen tal como es, nunca pude conseguirlo; pero esta noche última tuvo la dignacion de mostrármeme frente á frente, y ya me prometo alcanzar la dicha de representarla de una manera digna de ella."—Creo, con nuestro D. Se-

vero Catalina, que al acusar á Rafael de pagano se le calumnia, y se desconocen las tendencias de aquel genio singular, de aquella alma delicada, en la cual, si el renaciente sensualismo del siglo de Leon X deslustró una gota de ponzoña que á veces, sólo á veces, deslustró los colores de su paleta, en cambio se albergó un mundo entero de santas, castas y sublimes inspiraciones, y tomaron forma los inimitables *frescos* de las cuatro *Estancias* vaticanas, las cincuenta y dos admirables páginas bíblicas del pórtico del piso segundo del mismo edificio, los soberbios cartones para la tapicería de la capilla Sixtina, las tablas de *la Visitacion*, *la Madonna de San Sixto*, *la Virgen del Pez*, *el Pasma de Sicilia*, *la Transfiguracion*; virtudes todas más que superabundantes para purgar los pecadillos de *la Galatea* y de las *Bodas de Psíquis y Cupido*.

Si Murillo hubiera nacido para la córte de Julio II ó de Leon X, probablemente hubiera hecho lo mismo que Rafael hizo; si Rafael hubiese nacido en España en los dias de Felipe IV ó Cárlos II, ciertamente habría tomado el mismo rumbo que tomó Murillo. Son ellos dos genios afines, nacidos para misiones análogas, aunque en épocas diferentes.

Probaré brevemente mi paralelo: he dicho que Rafael y Murillo trajeron al mundo una mision análoga. Volved los ojos á la espléndida córte de Leon X; volvedlos luego á la España de Felipe IV y de su desgraciado hijo. En aquélla, todo es grandeza y florecimiento: el arte pagano renace pujante y fascinador, el espíritu de innovacion y de reforma se ha



apoderado de la sociedad entera, é invade, del mismo modo que el gabinete del estadista y la celda del teólogo, el estudio del artista. Así como los códices en que se conservan los preciosos documentos de la antigüedad profana comunican nuevo impulso al genio literario, el hallazgo de los manuscritos de Vitruvio, la reaparicion de las Termas de Tito y de muchísimos monumentos de la córte de los Augustos y Antoninos, y la continua comunicacion con Grecia y el Oriente, estimulan á los artistas al estudio de los modelos helénicos y romanos. Rafael mismo, como superintendente de las gigantescas empresas arquitectónicas del Jefe de la Iglesia, dirige las excavaciones, impera en medio de aquella general exhumacion de templos, columnas, estátuas é inscripciones, como un genio superior que preside á la resurreccion de la Roma de los Césares..... Pero Leon X agota su tesoro en sus colosales construcciones, y para alimentar el enjambre de artífices que emplea en ellas, se ve precisado á crear recursos peligrosos, que levantan en contra del Pontificado los mal seguros ánimos de aquellos á quienes la Reforma luterana seduce ó interesa.

Las magnificencias de la Roma cristiana se ven amenazadas, el culto católico amagado tambien; es necesario que la fé, minada en su base por el cisma iniciado en Wittemberg, se salve por el esfuerzo generoso de los hijos fieles de la Iglesia. Uno de estos es Rafael; las fascinadoras creaciones de su pincel pueden coadyuvar á reanimarla y sostenerla. La be-



lleza pagana que se le brinda en sus grandiosas exhumaciones, es una dolosa sirena: él huirá varonilmente sus halagos; si por desgracia en algun momento de fragilidad sucumbe, sabrá como David arrepentirse y llorar su pecado, y el ideal divino que entrevé en sus sueños será por fin el modelo que le inspire los admirables cuadros ante los cuales habrán de caer prosternadas todas las gentes sensibles al encanto de la belleza y de la gracia.

Pues vengamos ahora á la España del siglo xvii. —Como leve nubecilla que apuntó en el horizonte, y creció luego, y acabó por cubrir el cielo, así la protesta aquella de Wittemberg ha venido á ser la ley religiosa de casi todos los pueblos de raza germánica. La que fué leve centella en el pecho de un monje apóstata, convertida en devoradora conflagracion, ha cundido por todo el Occidente. Entre ese incendio y la pujanza otomana, se ha visto en trance de muerte el Catolicismo; por sofocar el uno y dominar la otra, ha gastado España sus hombres y sus tesoros de Europa y América, ha prodigado su sangre, perdido sus feudos y conquistas de Italia, Alemania y los Países-Bajos, y mermado su propio territorio; y cansada de luchar, empobrecida, casi renegando de sus antiguos brios, hollando los trofeos de los insolentes berberiscos que infestaron sus costas, único enemigo á quien ha sojuzgado, continúa débilmente sus militares empresas en Flandes y en el Milanesado, más como quien defiende la honra que como quien aspira á la victoria, y se consuela de sus infortunios, ya con el

bárbaro espectáculo de los autos de fé, ya con las brillantes invenciones de sus poetas, ó con la vistosa tramoya de las comedias y autos sacramentales; ora con las intrigas de córte, las conspiraciones y las sátiras anónimas; ora con los saraos y romerías, las mascaradas, las cañas y torneos, las ferias y veladas, las procesiones y los disciplinantes, las rogativas, los duelos y desaffios, los mentideros, las tapadas y los galanes nocturnos; y viendo al biznieto de Cárlos V solazarse con las batidas y la brama de los venados, las sabandijas de palacio, ó sea sus enanos y sus bufones, con las fiestas del Buen Retiro, y con las zarzuelas, entremeses y follas de las compañías de comediantes que recorren los deshechos y polvorosos caminos de las inmediaciones de la córte, arrastrando girones de brocado y damasco, cruzándose en ellos con las turbas de monteros y las jaurías, y con los escuálidos y harapientos soldados que mendigan la caridad de los transeuntes, miserable reliquia de aquellos invencibles tercios que ciñeron los laureles de Nordlinga y de Breda.—En las ciudades se hunden los desiertos talleres; en los campos yacen incul-tas las extensas cuencas de los rios; donde hubo fábricas y palacios, hay conventos; las campanas á vuelo anuncian que aún dura el culto en cuya defen-sa había lidiado el grande Emperador expugnando á Túnez y la Goleta, y derrotando á la Liga de Smal-kalda; pero la general corrupcion de costumbres denuncia que la antigua fé se halla casi extinguida.— Esa es la triste escena en que aparece la gran figura de



Murillo. —Siendo tal la situación de España, hace la Providencia que retoñe en el retiro de una de las más hermosas y tranquilas ciudades de Andalucía, aquella misma planta balsámica de la gracia fascinadora, que, habiendo brotado 135 años antes en Italia, en el alma de Rafael, tan poderosa había sido en toda la Cristiandad para mitigar las dolorosas excisiones del cisma.

Advertid ahora cuán cierto es que Rafael y Murillo trajeron al mundo una causa misma, aunque cada cual recibiese al nacer los medios más adecuados para sustentarla; y cómo la misión de ambos era convencer y persuadir la divinidad del culto católico á generaciones que sentían y pensaban de modo distinto. Rafael nació para hacer sentir con formas ideales la grandiosa y noble epopeya del Evangelio en una época de literatura materialista, de vida y filosofía epicúrea; Murillo nace para inculcar, con las únicas formas que su siglo comprende, esto es, con las de la vida real, hasta cierto punto vulgar, aquella devoción tierna y afectuosa, aquellas dulzuras místicas con que aún responden el corazón y la imaginación después de quebrantado en la razón el convencimiento. Rafael sirvió al catolicismo sacrificando la verdad á la idealidad; Murillo coopera á su triunfo posponiendo el idealismo clásico á la verdad, á la realidad, al naturalismo. Rafael había sido el pintor del Evangelio; Murillo era el pintor de la sagrada leyenda.

¿Y cómo la pintó? No voy á analizarlo: basta recordar lo que era antes de él la pintura religiosa en

nuestra España. De la misma manera que cuando á un lluvioso amanecer sucede la alegre claridad del sol, y á su hermosa luz se dora el campo, y el mar plomizo se trueca en líquido zafiro, y la nevada sierra deslumbra como un inmenso riel de cuajada plata; así, cuando aparecieron las obras de Murillo en el estadio del arte, las producciones de sus predecesores parecieron, con muy contadas excepciones, engendros rudimentarios y crepusculares; y donde no había más que tímidos ensayos de un naturalismo sin vida, sin relieve, sin brillantez y sin calor, vino á imperar de súbito una franca y valiente interpretacion de la naturaleza, tan cabal y perfecta, tan espléndida y arrebatadora, como pueden parecer las maravillas de la creacion á un enfermo de cataratas que de repente recobra la vista.

Señores: El aplauso que al solo nombre de Murillo por todas partes resuena, las mil y mil fervorosas plegarias que ante sus adorables Vírgenes diariamente dirigen al cielo las apiñadas muchedumbres congregadas en nuestros templos; las respetuosas alabanzas que del gran pintor sevillano formulan con la voz y con la pluma los más competentes críticos españoles y extranjeros, católicos y protestantes; la noble codicia con que los potentados de todas las naciones se disputan los lienzos santificados con sus místicas y dulces revelaciones, son elocuente demostracion de la justicia y de la oportunidad con que los inteligentes alumnos de las clases de la *Escuela especial de Pintura*, y la distinguida juventud del *Círculo*



de *Bellas Artes* de Madrid, han promovido esta solemnidad, á que hoy nos asociamos.

Visteis esta mañana congregada en un grandioso templo, al llamamiento de nuestra Real Academia de San Fernando, esa multitud de jóvenes, esperanza de las artes españolas, para tributar el sentido homenaje de su cristiana piedad al pintor preclaro que, acaso por su notoria santidad, más que á sufragios nos brinda á dirigirle preces. La visteis despues llenar ordenadamente la espaciosa vía que conduce del templo á la gran pinacoteca del Prado, que se enorgullece de poseer muchas de sus bellísimas creaciones, y alfombrar allí de coronas y palmas el suelo donde se levanta la bella estatua del eminente artista. En nombre de la Real Academia doy el parabien á esa entusiasta juventud por su generosa iniciativa. Sigamos su ejemplo: tributemos nosotros tambien palmas y coronas, ramos y guirnaldas, himnos y pánegíricos, al genio sublime que en el cielo del arte emparejó su vuelo con el del excelso pintor de Urbino; y vosotras, distinguidas pintoras que generosamente os esforzais por reunir á los encantos de que os dotó la naturaleza los que se adquieren en el noble ejercicio del arte, avalorad con vuestras ofrendas las nuestras, como lo hacíais esta tarde consagrando al simulacro del gran Murillo versos, flores y palomas; y para honrar siempre la memoria del *pintor de la Concepcion*, fortaleced nuestro propósito con el irresistible celo que sabeis desplegar en todos vuestros generosos empeños. *Manibus date lilia plenis.*

